


Más allá del deporte



Lucía Carnicer Muñoz
Marta Sánchez Romero
Rocío Pérez Ruiz



El deporte inclusivo ha ganado relevancia en España en los últimos años como una herramienta imprescindible para conseguir la integración social de las personas con discapacidad. Pero más allá de los planes y los documentos oficiales, la verdadera medida de esa inclusión se juega en las pistas.

El sonido que persiste en las pistas de Sevilla no siempre es el mismo. Allí la discapacidad no es un obstáculo ni una historia de superación. Es parte de la realidad de quienes entrenan, pero sin definir los límites. Lo que sí define esos límites, como en cualquier modalidad deportiva, es la constancia, la técnica, el esfuerzo y, sobre todo la comunidad, el gran equipo que alrededor del juego se crea.

Desde la misma entrada, esto se puede ver en el pádel. La pista está llena antes de que el entrenamiento comience. Algunos jugadores llegan con monitores, otros con compañeros, los grupos se forman sin necesidad de instrucciones. Javier Rodríguez, fundador y entrenador de Pádel Integra, observa atentamente este escenario, viendo cómo este lugar ha crecido mucho más de lo que podría haber imaginado. Él y su compañero Andrés detectaron que existía una gran carencia en relación con el deporte adaptado en Sevilla, ya que este era escaso. La idea del proyecto que

fundaron es muy simple: abrir un espacio estable donde las personas con discapacidad pudieran entrenar igual que cualquier otro jugador.

Lo que se ha llegado a construir desde entonces es un grupo heterogéneo, con personas con diferentes tipos de discapacidad, adultos en su mayoría pero también niños que se unen cuando sus estudios y el horario escolar lo permiten. “El objetivo final es divertirse y seguir con esas amistades fuera de la pista”, dice Javier. Él, como entrenador, reconoce que cada grupo tiene diferentes ritmos, niveles y maneras distintas de comprender el propio juego. Las necesidades de los jugadores son diferentes. Pero lo admirable no es la dificultad, sino la adaptación: cada gesto se ajusta y cada dinámica es repetida hasta que funciona. Y cuando llega a funcionar, aparece algo que no es cuantificable: la sensación de que el deporte elimina barreras y abre puertas que antes estaban cerradas. Puertas rutinarias, no épicas, la puerta de romper la monotonía, la de descubrir que puedes formar parte de un juego al que antes no se había tenido acceso y la de compartir un espacio. Javier ve esto también en las familias, ya que en el pádel descubren una actividad que pueden llegar a compartir sin diferencias. Y esto Javier, como entrenador, lo ve en detalles concretos: “Tuve un alumno que llegó sin poder moverse hacia la pelota y hoy aguanta un peloteo entero, un partido completo, con una seguridad que no se construye en su día a día”.

Esta sensación se repite también en el baloncesto en silla de ruedas, aunque con otro tono. El sonido de los frenos que chirrían, el golpe del balón sobre el parqué y el de las ruedas girando hacen que este sea más grave. Fernando Garrido, jugador de baloncesto adaptado, Subcampeón de Andalucía 2023/2024 y campeón de Andalucía 2025, cuenta que llegó al equipo tras un accidente laboral que le cambió la vida. Antes jugaba de forma amateur. Después todo se volvió un continuo aprendizaje. No habla desde la tragedia, sino desde la constatación: adaptar su cuerpo a una nueva forma de moverse fue algo duro, pero también muy liberador. “Llegué al equipo y me quedé porque encontré un recoveco en el que me hacía despejarme de todo y sentirme mucho mejor conmigo mismo, realizado y sobre todo vivo”, cuenta.

Fernando tuvo que mudarse de Córdoba a Dos Hermanas durante la temporada, lo que supuso que

tuviera que reorganizar su vida y alejarse de su familia para poder entrenar. Y aunque todo esto es exigencia, también es elección. Y precisamente en esa elección hay una forma de identidad. En la pista, sin ninguna diferencia, Fernando se mezcla entre sus compañeros.

Todos calientan, ajustan sus sillas y se colocan en sus respectivas posiciones, con un respeto silencioso que recorre el equipo. Cuando le preguntan qué siente al entrar en la cancha, responde con total honestidad: "Nervios, muchos nervios". Nervios que no paralizan, sino que reafirman la idea de que el deporte importa. Y cuando habla de sus logros, los resume en una única frase: "Yo ya he ganado todo". No porque todo sea fácil, sino porque el baloncesto, el deporte, le ha devuelto un lugar del que se creía fuera, cuando ahora está más dentro de la pista que nunca.

"El baloncesto me ha cambiado la forma de ver mi discapacidad"

Anne Sophie, jugadora de baloncesto, aporta otra perspectiva. Su accidente tuvo lugar en una autopista francesa hace doce años. Pero ella no habla sobre aquel suceso, prefiere centrarse siempre en lo que vino después. Llegó al baloncesto en silla porque necesitaba y quería practicar algún deporte y un jugador le invitó a probar. Cuenta que desde el minuto uno, desde el primer entrenamiento supo que en ese deporte había algo importante para ella: "El baloncesto me ha cambiado la forma de ver mi discapacidad", explica. En la pista, con su silla, encuentra una sensación de libertad que no encuentra en ningún otro sitio.

En el equipo ha llegado a encontrar una comunidad que funciona casi como una auténtica familia ya que pasan muchas horas juntos, comparten viajes, derrotas y victorias,

pero también conversaciones que no llegan a salir en las crónicas deportivas. Anne tiene un claro objetivo: "Llegar a competir en unos Juegos Paralímpicos, quizás pueda ser en Los Ángeles 2028", pero no lo plantea como un sueño lejano, sino como un horizonte por el que ya está entrenando y trabajando. Mientras tanto, su papel en la pista representa algo de especial relevancia: las mujeres con discapacidad también existen en el deporte de alto nivel, aunque los medios apenas hablan de ellas.

En el otro lado del banquillo encontramos a su entrenador, Francisco, exjugador y actual entrenador del BSR Vistazul. Francisco ha vivido este deporte desde casi todas las posiciones existentes. Empezó a practicarlo en su adolescencia gracias a un vendedor de la ONCE que le habló de este deporte en el que podría adaptarse en base a sus capacidades. Desde ese momento, Francisco no ha salido de la pista. En la actualidad es entrenador, tristemente, del único equipo de baloncesto en silla de ruedas de la provincia de Sevilla, un club al que lleva vinculado desde hace décadas. Conoce a la perfección las reglas y las pequeñas diferencias con el baloncesto a pie: "El impulso de la silla en lugar de los pasos, los mismos tiempos, las mismas alturas de canasta", pero insiste en que más allá de las normas, lo más importante es lo que el deporte llega a generar en él y en sus jugadores: "Rehabilitación, inclusión social y sobre todo ganas de vivir".

También es conocedor de las desigualdades existentes. Sabe que hay clubes en otras localizaciones del mapa nacional con presupuestos que doblan o incluso triplican el suyo, con plantillas de jugadores profesionales y fichajes extranjeros. Ellos, en cambio, necesitan combinar ayudas públicas con patrocinios muy modestos y mucho voluntariado para poder sostener y mantener el proyecto y, aun así, haber conseguido títulos autonómicos.

Francisco no pide privilegios, pide igualdad y equilibrio "Que el lugar donde se nace no condicione tanto las posibilidades de

Fotografía del equipo antes de comenzar el partido



competir en igualdad”.

Si el baloncesto es técnica y pura intensidad, el rugby en silla de ruedas es puro impulso y buena estrategia. Cristina, jugadora de rugby, define este deporte como un auténtico escenario donde todas las personas pueden aportar al equipo, independientemente de sus capacidades. Lo que más destaca es el compañerismo: “Si falla uno, seguimos. Nos ayudamos”. Esto convierte a cada entrenamiento en una auténtica lección de apoyo mutuo. Para ella el deporte le ha enseñado a confiar en sus posibilidades y a perder el miedo a exponerse, y esto es gracias a llegar a asumir un rol activo en la pista.

“Que el lugar donde se nace no condicione tanto las posibilidades de competir en igualdad”

Demetrio González, jugador y compañero de Cristina, lo sabe bien. Lleva diez años en el deporte después de muchos otros haciendo baloncesto. Dice del rugby que: “Es mi deporte”, lo cuenta como quien habla de algo que llegó tarde, pero a tiempo. “Lástima que no hubiera rugby en Sevilla antes”, reconoce, porque él ha encontrado en el rugby una nueva forma de desarrollarse que no había podido sentir en otros lugares.

William, su entrenador, cuenta con una gran experiencia acumulada tras quince años trabajando en el deporte adaptado y su estancia en distintos países. Su propia formación, admite, que no ha venido de títulos oficiales, ya que apenas existen, sino del trabajo diario con otros entrenadores y con los propios deportistas. Desde su experiencia afirma que: “Todos mis jugadores son importantes”, y destaca que lo que le devuelven sus jugadores no es solo satisfacción deportiva, sino grandes lecciones de deportividad y cómo seguir adelante.

Daniel es entrenador de Sitting Volley



3. Anne Sophie, jugadora de baloncesto, muestra su mejor sonrisa tras su entrevista/ 4. Partido de sitting volley.

y actualmente es uno de los coordinadores de los pocos clubes de voleibol sentado que existen en España. Lo que más destaca es la gran capacidad que tiene este deporte en el escenario de la integración real: personas con y sin discapacidad compartiendo el mismo espacio sin jerarquías físicas: “Sentados jugamos todos igual”, repite. Y esta frase es capaz de resumir un universo entero, ya que en sus entrenamientos participan jóvenes, personas mayores, familiares y escolares. Es un espacio donde todo se ajusta y el objetivo está muy claro: que nadie se quede fuera.

Daniel subraya que el coste es algo que hace que el Sitting Volley se diferencie de otros deportes adaptados, ya que aquí solo hace falta sentarse, no se necesitan equipos de miles de euros, ni barreras materiales, por eso el voleibol sentado es un auténtico laboratorio vivo de inclusión: la persona que por diferentes motivos nunca ha podido realizar deporte ahora descubre que puede hacerlo y aquellos que tienen prejuicios sobre la discapacidad los dejan atrás cuando tienen que adaptarse a un juego pensado para otros cuerpos.

“Creemos mucho en el apoyo entre iguales, y esto se ve en cada entrenamiento”

Detrás de todos estos deportes hay un gran tejido, muchas veces invisible, que sostiene mucho más de lo que se puede ver. Emilio, colaborador de COCEMFE Sevilla y voluntario de rugby, lo explica con claridad: el deporte, en este contexto, rehabilita y socializa. Emilio enfatiza el apoyo entre iguales: “Creemos mucho en el apoyo entre iguales, y esto se ve en cada entrenamiento”.

Pero incluso en espacios donde la inclusión se practica y no solo se proclama, las barreras siguen siendo



1.



2.



3.



4.

1. El equipo de rugby entrenando de cara al próximo partido. / 2. Un jugador del Vistazul encestando la pelota. / 3. Mochila de uno de los jugadores. / 4. Integrantes del equipo de baloncesto conversando en la cancha.

visibles. Emilio enfatiza, lo que supone en algunos casos, el coste de las sillas adaptadas a cada jugador, la necesidad de varias furgonetas para poder mover a los deportistas, el equipamiento. Esto supone una gran carga económica que no siempre encuentra respaldo suficiente.

“La burocracia te quita las ganas de seguir adelante”

Javier, desde Pádel Integra, aporta un ejemplo que resume bien esta frustración. Durante años tuvieron una subvención municipal para la escuela, y el proyecto funcionaba, pero la burocracia fue estrechando el margen tanto que hasta por una diferencia de 0,001 euros en una factura les costó una ayuda de 8.000. Un céntimo que dejó en el aire todo un año de trabajo, y esto no es una anécdota sino un síntoma. “La burocracia te quita las ganas de seguir adelante”, confiesa Javier, resaltando que cuando el acceso al deporte depende en parte de esas ayudas, cada obstáculo administrativo se convierte, en la práctica, en una auténtica barrera.

Pero la barrera más silenciosa es la de la visibilidad. Prácticamente ninguno de los jugadores, entrenadores, fundadores y voluntarios recuerdan haber visto de manera frecuente estos deportes adaptados de forma numerosa en informativos o prácticas deportivas, fuera de la agenda de los juegos Paralímpicos. Cristina enfatiza la necesidad de más noticias, más divulgación. Su compañero Demetrio afirma que, cuando habla de rugby

en silla de ruedas, la mayoría ni siquiera saben que esta modalidad de deporte adaptado existe. Por otro lado Daniel señala que apenas se conoce el Sitting Volley, a pesar de ser un deporte paralímpico.

La barrera más silenciosa es la de la visibilidad

Por lo que esta gran falta de visibilidad supone una gran barrera, ya que lo que no se ve, no se reconoce, y lo que no se reconoce no llega a financiarse y por ende no se sostiene. Por lo que el periodismo y sobre todo el periodismo social adquiere una gran responsabilidad: contar estas realidades sin caer en el sensacionalismo, sin convertir a los protagonistas en héroes ni un objeto de lástima, sin olvidar las barreras estructurales que condicionan sus vidas. Por ello, desde COCEMFE defienden guías que exigen hablar de personas y no de “pobres discapacitados”, hablar desde el foco de los hechos y no desde la caridad y mostrar las capacidades más que las limitaciones.

Escuchar estas voces nos obliga a mirar detrás de un simple marcador. El deporte permite participar y por eso es integrador ya que, quien juega, aprende y forma equipo y esto ya es ciudadanía. Lo que faltan son estructuras que lo reconozcan y lo sostengan.

Lo que ocurre en Sevilla no es excepcional, sino fruto de años de trabajo silencioso. No son solo simples proyectos, sino espacios de pertenencia que evidencian una tarea pública pendiente.

La imagen más honesta no es una medalla, sino el final de un entrenamiento, la certeza de volver. Porque la inclusión no requiere grandes trofeos, sino de recursos y reconocimientos. Y en esas pistas que hemos abordado, ya está ocurriendo.